

Donde el viento hace Buñuelos

Arístides Vargas (Argentina)

Personajes (M: 0, F: 2)

CATALINA

MIRANDA

Catalina y Miranda se encontraron en diferentes lugares en tiempos diferentes sin saber cuál es el tiempo real que les toca vivir. Esta obra está basada en las improvisaciones que Rosa Luisa Márquez y Charo Francés realizaron en lugares distintos como Madrid, Quito y San Juan y, de alguna manera, expresa la amistad surgida del desarraigo, la solidaridad de las que están fuera de sí mismas. Agradezco a estas dos magníficas actrices, directoras y maestras, el haber compartido sus mundos, el mostrarme en sus memorias, sus países: España y Puerto Rico, sus exilios diarios y sus recuerdos.

Escena 1

(Miranda entra a la habitación de Catalina, la mira sentada en el centro del cuarto, dormitando, apenas iluminada por un rayo de luz del atardecer, hay juguetes de niñas dispersos por el lugar: una camita con un hombrecito, un pequeño avión de papel, una maletita, un viejo ventilador, una máscara de perro, etc. En este espacio transcurrirá la historia, que a veces irá hacia el pasado y otras, saltará hacia el porvenir, lo cierto es que transcurre en este lugar donde Catalina se está muriendo y Miranda le asiste en el último tramo de su vida.)

Miranda: Hay momentos en la vida que ocurren un sola vez, como este en que te veo viajar a la quietud, si lo sé, no te avisé que venía, pero contigo no necesito avisar nada, tampoco necesito decirte cuándo me voy y ese no necesito decir cuándo llego ni cuándo me voy, me hace quererte sin ninguna exigencia, el aire tampoco nos exige que lo respiremos, aparece y desaparece de nuestros pulmones y damos por hecho que está ahí y que sin él nos moriríamos, el aire-amor de cada instante da vida y cura... ¿verdad?

¿Catalina? Si está ahí haz como un barco...Hubo una vez en que esperábamos una cama para dormir ¿qué edad teníamos? ¿qué ciudad era aquella donde las personas dormíamos por hora? Un sueño encima de otro sueño.

(Miranda recuerda cuando esperaban una cama para dormir, este mecanismo, el de recordar y, a veces, el de pensar, se repetirán varias veces, a veces es Miranda, y veces es Catalina las

que recuerdan o piensan.)

Catalina: Este hombre duerme profundamente.

Miranda: Duerme como si intentara olvidar algo.

Catalina: Siempre llega antes que nosotras.

Miranda: Tal vez esté fingiendo.

Catalina: ¿Qué?

Miranda: Tal vez esté fingiendo dormir cuando en realidad duerme...

Catalina: No te entiendo.

Miranda: Tal vez esté muerto.

Catalina: No creo.

Miranda: *(Tocándolo.)* Mira...

Catalina: Sí...

Miranda: ¿Ves?

Catalina: ¿Qué?

Miranda: Nada...

Catalina: Yo no le despertaría.

Miranda: Yo tampoco.

Catalina: Podríamos perder el turno.

Miranda: Sí.

Catalina: Los hombres son más trágicos cuando duermen.

Miranda: Y más aventureros.

Catalina: Cuando pierdo el turno se me empasta la boca como si me hubiese comido un mono con cáscara y todo, se me empasta la boca, se me empasta como si mordiera una pedazo de mono vivo; entonces el cielo se vuelve gris como el uniforme de la policía y el pensamiento se me licúa como una sopa, se me licúa aquí..., aquí, ¿se da cuenta?

Miranda: No te alteres, vamos a dormir, sólo es cuestión de tiempo.

Catalina: A veces he tenido la tentación de pasar la mano por la mejilla del que duerme por el simple placer de acariciar a una persona dormida.

Miranda: Mi padre duerme la siesta...

Catalina: ¿Qué?

Miranda: Mi padre... Puedo verlo con cierta claridad, tomando sombra en la siesta bajo un inmenso árbol, a su costado un pavo real y en su boca un hilo de baba. No había brutalidad porque mi padre era joven y dormía.

Catalina: El tiempo pasa más rápido cuando una duerme.

Miranda: Yo era niña y mi padre era joven...

Catalina: A veces sueño con ventiladores...

Miranda: Mi padre siempre quieto como las piedras, ¿Se mueve? Sí, como las piedras arrastradas por el viento de la noche... De todos modos, el viento de la noche también es una suposición.

Catalina: ¿Tienes un pañuelo?

Miranda: No...¿Por qué?

Catalina: Por nada. ¿Odias a tu padre?

Miranda: No. Solo lo recordaba.

Escena 2

Miranda: Cuando tomé del avión para venir a verte pensé, que en los aeropuertos todo es perfecto: la luz que atraviesa la ventana donde llegan y parten aviones hacia un cielo celeste, apenas cuestionado por una que otra nube... ¿Me escuchas? Digo que todo es perfecto: los árboles a lo lejos y las personas con sus maletas perfectas, despeinadas suavemente por una música transparente que viaja por el aire acondicionado, aire inventado para que todo sea perfecto como el aire, aire...¿Me sigues?, ¿Ah'?, ¿Si?, te decía ..., todo es perfecto: a la gente se la ve bien, sin problemas, los pájaros vuelan en la dirección que se debe volar, atraviesan el ángulo de la vista que se debe atravesar, las persona exclaman lo que se debe exclamar: ¡Oh!, ¡Son pájaros...! Y así, todo es perfecto, sólo yo estoy demás. Pero como no me veo, todo es perfecto. ¿Me escuchas? , Bueno, no importa... tu no tiene por qué escucharme, yo soy una extranjera y tú estás tallada en el aire... aire.

Escena 3

Catalina: ¿Dijiste algo...?

Miranda: No.

Catalina: Pensé...

Miranda: Pensaste mal.

Catalina: No te alteres.

Miranda: Pensaste mal, eso es todo.

Catalina: Sí, ya sé, pero no te alteres.

Miranda: Tú piensas mal, ¿y yo soy la que me altero?

Catalina: Pensé que murmurabas algo y a mí no me gusta la gente que murmura algo, además... Me sale sangre por la nariz.

Miranda: ¿Quieres un poco de té?

Catalina: No.

Miranda: ¿Quieres mi bufanda?

Catalina: No.

Miranda: ¿Qué quieres, entonces?

Catalina: Quiero que esos perros que ladran en mi memoria se callen.

Escena 4

(Miranda recuerda a su perro Buñuelo y a la Madre Superiora.)

Miranda: ¿Te conté de mi perro Buñuelo?

Catalina: No.

Miranda: Era...el perro de Luis Buñuel...

Buñuelo: Permítanme que me presente, soy Buñuelo, el perro de Luis Buñuel, también conocido por “el perro andaluz”... ¡guau! También conocido por “el perro poeta”, ¡guau! o, también, por “el perro chismoso”, a secas. Por una extraña asociación fui dejado bajo los cuidados de la niña Miranda. No me quejo... Como bien y me masturbo tres o cuatro veces al día. La Niña Miranda me dice: ¡No seas asqueroso, Buñuelo! Y yo, ¿qué voy a hacer, si soy

puro instinto...! Veo la vida en blanco y negro, como las películas de Don Luis, ciertos días le pongo título a lo que veo, por ejemplo: “La alevosa caída del señor Pérez”, basada en el golpe que se pegó el viejo Pérez, al posar su vista en los pechos de Doña Beatriz, la vecina, y no ver la puerta de vidrio, frontera transparente entre las tetas de Doña Beatriz y el deseo de Don Pérez. ¡A tetas de vidrio, deseo transparente, para ser más claro. O “La muchacha se va porque hace frío”, ¿Les conté esa? Bueno, si se la conté, se aguantan, se la cuento de nuevo.... Estaba yo, como siempre, oliéndome el sexo y a punto de desmayarme. La calle parecía un fideo tembloroso y la gente parecía borracha por el agobiante sol que a su vez parecía una escupida de oro en el cielo de junio Todo parecía porque nada era verdad...

Madre Superiora: Niña Miranda, ¿qué cree que está haciendo, qué se cree que está haciendo, niña?

Miranda: Nada, sólo jugaba.

Madre Superiora: Pero, ¿no sabe que aquí está prohibido jugar?, ¿Lo sabe?, ¿Lo sabe?, ¡Claro que lo sabe! Pero, ¡claro!, la niña...¿a que jugaba? ¿No sabe que jugar en soledad es malo?, ¿o cree que porque está sola Dios no la ve? Dios ve todo, señorita. ¿No se da cuenta que Dios es un ojo? Dios es un ojo y lo ve todo, un ojo que todo lo ve, un ojo que todo lo puede, un inmenso ojo celeste...

Miranda: Entonces Dios tomó una navaja y se hizo un corte horizontal en la mirada.

Escena 5

Catalina: Tengo vértigo, este barco blanco atraviesa la niebla y siento frío y por fin comprendo cómo la gente oscura, como yo, nos ponemos pálidos al cruzar la niebla... Es el frío que nos quita los últimos rayos de sol de nuestra cara y nos pone pálidos porque el frío es el alma...¿comprendes? El frío... es... el... alma...

Escena 6

Miranda: ¿Qué dijiste?

Catalina: ¿Cuándo?

Miranda: Ahora... ¿qué dijiste?

Catalina: Nada...

Miranda: ¿Qué hora es?

Catalina: Las dos de la madrugada, quizás...

Miranda: Pregúntame algo.

Catalina: ¿Cuándo?

Miranda: Ahora...

Catalina: Bueno, ¿tienes novio?

Miranda: En una ocasión tuve uno que me dio un beso y me pudrió el labio.

Catalina: ¿Sí?

Miranda: Sí, pero lo peor fue que posó sus manos sobre mis rodillas y me dejó paralítica.

Catalina: ¡No!

Miranda: Sí, y otro intentó abrazarme y me rompió tres costillas.

Catalina: Eso se llama, falta de calcio.

Miranda: Tal vez. Debido a estos accidentes perdí la fe, me hice atea, amorosamente atea.

Catalina: ¡Pobre...!

Miranda: Tuve un novio que se desvanecía.

Catalina: ¿Era de mala calidad?

Miranda: No, era un novio de antaño. Venía hacia mí cruzando la calle... A veces me parece que las voces de la gente viajan en el aire...

Catalina: Muy interesante, ¿y...?

Miranda: Y, ¿qué?

Catalina: Tu novio...

Miranda: ¿Ves?

Catalina: ¿Qué?

Miranda: Aun ahora se desvanece cuando me distraigo.

Catalina: Me vas a volver loca.

Miranda: Es que era un novio de antaño... Cada vez que me despistaba, él se desvanecía; un día me despisté completamente y él, completamente, se desvaneció. Me he dado cuenta que las palabras de la gente viajan en el aire en diferentes direcciones.

Catalina: Es verdad, las cosas no siempre viajan en la dirección que una quisiera que viajen.

Miranda: Mi último novio desaparecía con la lluvia. Él me decía, ¿quieres casarte conmigo?, y, ¡zas!, el cielo se venía abajo. Me decía, seré tuyo para siempre, y un trueno nos dejaba sordos y el granizo nos llegaba hasta el cuello... Un día vino decidido a vivir conmigo pero llovía tanto, que no nos podíamos ver la cara a un metro de distancia y, para colmo, la tormenta había hecho saltar los fusibles de mi casa; estábamos a oscuras y el boletín meteorológico no dejaba de decir que las lluvias no cesarían hasta bien entrado noviembre.

Catalina: No todas las lluvias terminan en historias de amor.

Miranda: Mi madre pensaba lo contrario.

Catalina: La mía no pensaba, no estaba programada para eso.

Escena 7

Madre: Catalina, hija, ven que te voy a enseñar algo que vas a recordar siempre.

Catalina: A olvidar.

Madre: No seas tonta, hija, no seas tonta.

Catalina: Sí, madre, pero no lo puedo evitar.

Madre: Evitar, ¿qué?

Catalina: Llorar en todas las habitaciones de la casa.

Madre: Quisiera entenderte pero no te entiendo.

Catalina: ¿No?

Madre: No.

Catalina: ¡Bueno!

Madre: Escucha lo que te voy a enseñar, querida... ¿Te he llamado querida antes?

Catalina: No.

Madre: Bueno, no tiene importancia; te decía que, a simple vista, pareces inteligente.

Catalina: Gracias, madre.

Madre: Pero es a simple vista, que es la vista más simple que se ha visto jamás. ¡En fin!, que

te voy a enseñar a no perder el culo, y sobre todo a no perder el culo por los hombres, porque una pierde muchas cosas en la vida, pero cuando perdemos el culo el cuerpo se nos aliviana; y no sólo porque el culo pese sino porque lo que pesa es la virtud que suele estar en ese lugar tan propenso a las caricias y a las patadas... ¿Qué hacen a esta hora las gentes de nuestra pequeña comunidad?: duermen en sólidas casas con la tranquilidad del que sabe que afuera está su carro, su perro y su amante, y, adentro, su mujer, sus hijos, su yogur, su café con leche, sus buenas noches amor, sus buenos días cariño. Él sabe todo esto; lo que no sabe es que ha perdido el culo durante todo el día para alcanzar su media hora de televisión por satélite... ha perdido el culo con la fría certeza del que nunca tendrá hambre, del que vive sin sobresaltos pero sin culo. Creen acostarse en sólidas camas, en realidad se acuestan a la intemperie, junto a otros, espalda con espalda puesto que, culos no tienen, como un ejército cuya única estrategia es vender el culo por un plato de comida. Yo perdí el culo por un hombre pero me lo encontré tres cuadras más allá, en la misma esquina en la que él me dijo: ¡Amor!... Te detesto, amor, y tú, hija del alma, dabas patadas en el vientre, desde adentro. ¿Te había dicho alguna vez, hija del alma?

Catalina: No.

Madre: No importa, no tiene importancia, ninguna importancia.

Escena 8

Miranda: ¿Qué haces?

Catalina: Me toco el trasero.

Miranda: ¿Está ahí?

Catalina: Creo que sí.

Miranda: Recuerdo un novio que tenía el trasero bizco.

Catalina: No creo que haya oculista de traseros.

Miranda: No.

Catalina: A mí también me gustaría recordar, a veces...

Miranda: ¿Traseros?

Catalina: No, recordar...

Miranda: Solo es cuestión de apoyar la cara sobre la mano derecha, el codo, a su vez, sobre la mesa, la mesa sobre las cuatro patas, las patas sobre la baldosa o sobre la tierra o en el aire, y, esa es toda la arquitectura del recuerdo: una forma de sostenerse la cara con la mano derecha.

Escena 9

Miranda: Yo sé que no es bueno que te lo diga ahora pero te lo digo porque desde algún lugar me estás escuchando. Solías decir que los tiranos hacen lo que hacen porque se los mete presos demasiado viejos. Hacíamos turno para esperar una cama, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas dónde era? Nunca te dije lo que te tenía que decir, por eso siento que hay algo atrofiado en mí porque no me encontré contigo cuando debía encontrarme... (*Pausa.*) He decidido que no te voy a decir nada. De todos modos, eso atrofiado que hay en mí ya no me

duele como antes.

Escena 10

Madre Superiora: Niña Miranda, venga acá inmediatamente, siéntese, estírese la falda, la falda, la falda de su uniforme, niña. ¿Le dice algo la palabra, “Buñuel”? , porque a mí no me dice nada “Buñuel”, y a mí las palabras me dicen; por ejemplo “Japón”, me dice de un país lleno de japoneses, pero... ¿“Buñuel” es un país?, ¡La falda! ¡Sus piernas cuelgan como de un puente! ¿Se depila? ¿Quiere que le diga la verdad? Usted me aterroriza, niña... Usted me saca de mis casillas... Pero, ¡claro, la niña...! Buñuel, ¿cuántos años tiene, quince, dieciséis? Aquí hay alguien que no existe: ¡Nosotras, señoritas, nosotras! No tengo mucha información, pero estoy segura de que si hay alguien que no existe, somos nosotras, ¿comprende? Tiene que comprender porque Buñuel..., ¡La falda, señorita Miranda, la falda! Usted cree que yo soy una cobarde, que no soy capaz de poner límites a sus actividades buñuelescas, ¡por favor! ¡Me tienen harta usted y sus compañeras, ¡Simón del desierto...! ¡Nunca hubo eyaculación, nunca! Y eso que chorreaba por la madera eran hilos de cera que se desprendían de las llamas de las velas, ¿entiende? ¡Buñuel, ¿cuántas veces Buñuel?! ¡Depílese, por favor, los vellos de sus piernas se erizan! , Buñuel, ¡Nunca más “Buñuel”!, ¿entiende? ¡Nunca más!

Miranda: Madre Superiora...

Madre Superiora: ¿Sí?

Miranda: ¿Si me muero hoy, voy al cielo?

Madre Superiora: Creo... No. No.

Miranda: ¿El cielo es en blanco y negro?

Madre Superiora: ¿Cómo se le ocurre? El cielo es en colores, señorita.

Miranda: ¡Ah!, entonces no es un cielo de Buñuel.

Madre Superiora: ¡Basta! ¡Basta!, ¡De rodillas! ¡De rodillas! (*Sale.*)

Miranda: (*Arrodillada.*) Entonces, Miranda tomó la navaja de afeitarse las piernas y, ¡zas! se cortó un ojo por la mitad. Viridiana no le pudo ayudar porque estaba rezando.

Escena 11

Catalina: Me he dado cuenta de que la gente se siente sola pero no todo el tiempo sino por momentos y en determinadas posiciones.

Miranda: ¿Lo dices por mí?

Catalina: ¡No, por favor!

Miranda: Sí, lo dices por mí.

Catalina: No, te juro que no; por ejemplo...

Miranda: Es mi espalda.

Catalina: Un señor entra en un bar...

Miranda: Es una bola de grasa, no es una joroba.

Catalina:... Pide una copa...

Miranda: La curva que ves es una bola de grasa...

Catalina: ... Y el tiempo que tarda el mesero en servírsela...

Miranda: No es una joroba, es una bola de grasa.

Catalina: ... El hombre adopta una posición deplorable: está solo...

Miranda: La cervical se inflama y da esa sensación de decrepitud... Eso es todo.

Catalina: La vecina de al lado...

Miranda: ¿Qué?

Catalina: Aquí al lado hay una vecina que en lugar de manos tiene dos bolsas de basura. Por las noches intenta dejarlas al pie del recolector y al agacharse se siente sola.

Miranda: Habría que evitar ciertas posiciones.

Catalina: Luego no puede enderezarse y aunque lo intenta, no puede... Su soledad no se lo permite.

Miranda: Es que la soledad es muy cabrona, se aprovecha de las mujeres cuando se agachan.

Catalina: También cuando están erguidas: un hombre golpea suavemente a una mujer, luego golpea la mesa, luego golpea la puerta, luego golpea la cabeza llena de malos pensamientos contra la pared, la cabeza se rompe y salen tres papagayos escandalosos que vuelan hacia el triste norte...

Miranda: ¿Es un acertijo?

Catalina: No, es la historia de mi primer matrimonio.

Escena 12

Esposo: (*Intentando bajar unas escaleras.*) Catalina, mi amor, no te pongas en esa posición, así no, Catalina, más abajo, más abajo, no tan bajo, ¿por qué me haces esto? Yo no soy una persona violenta...

Catalina: ¿Crees que soy un paraguas, que te puedes apoyar en mí como si fuera un paraguas?

Marido: Solo necesito tu hombro, ¿es mucho pedir?

Catalina: Primero la mano, después el hombro, ¿mañana qué me vas a pedir?

Marido: ¿No te das cuenta de que necesito tu ayuda? Dame un cigarrillo, no me des, no debo fumar. No puedo fumar. No quiero fumar. No fumar... fumar... No.

Catalina: ¿Podemos descansar?

Marido: ¿A quién se le habrá ocurrido poner yeso? Mejor dicho, ¿quién inventó el yeso?

Catalina: ¿Nos podemos morir?

Marido: Es una lápida, nadie lo dice pero todos sabemos que es una lápida, deja que apoye la mano....

Catalina: ¿Qué?

Marido: La mano, apóyala en ti.

Catalina: ¿Qué es una lápida?

Marido: La última vez que apoyé mi mano en ti fue en agosto... No... ¡Bueno!, fue el año pasado. (*Se escucha una radio a todo volumen.*) ¿Por qué la radio, quién carajo se creen estos tipos para gritar así?

Catalina: ¿Podemos descansar?

Marido: (*A la radio.*) Por más que grites no te voy a comprar un carajo, tu lavadora es una mierda, ¿entiendes? Una mierda.

Catalina: ¿Qué, que quisiste decir...?

Marido: Tu aspiradora... la aspiradora de estos tipos, ¿te acuerdas cuántas veces intentamos hacerla andar? Yo confié en ellos, luego te comprometí en una compra fraudulenta... y ellos hicieron lo peor que se le puede hacer a un hombre: arrastrar a su familia a una compra fraudulenta...Perdóname, Catalina, mi amor. ¡Nunca más aspiradoras!

Catalina: ¿Qué quisiste decir cuando dijiste: apoyé mi mano en ti?

Marido: ¿A qué vienen tantas preguntas? Para ayudarme a bajar estas putas escaleras no es necesario preguntar tanto. Yo soy una persona buena, ¿o no? veo películas, camino de vez en cuando, voy en mi carro al centro, sin ir más lejos..., ¿Y, y por eso me armas tanto escándalo? Habíamos planeado algo tú y yo, ¿lo recuerdas? Teníamos planes, ¿sabes lo que me dijo nuestro vecino el otro día? Me dijo: "su esposa es misteriosa", eso me dijo.

Catalina: ¿Podemos descansar?

Marido: No sé si bella, no sé si profunda, pero, ¡qué misteriosa es! Y yo le respondí: "La tontería, cuando es penetrante, se vuelve un misterio", eso le dije. Es gracioso. ¡Catalina, cambia de posición! ¿Te falta algo? Te pedí perdón hace rato y no me respondiste. ¿Por qué carajo te quedas en silencio? Yo no soy un cuadro complicado; es decir, como cuando dicen: padre borracho, por ejemplo... ¡Háblame, rompe el silencio, tengo una pierna rota, ¿No te das cuenta? Catalina, Catalina, Catalina, Catalina, Catalina....

Catalina: Estoy aquí, a tu lado, pero en realidad no estoy. Abres tanto la boca que, a veces, temo que se te caiga la quijada. ¡Qué pena no poder ver cómo se te cae la quijada alguna vez! Vistos a la distancia, apoyados uno en el otro con el pie en el aire, se podría pensar que nos queremos, pero es una posición, una determinada posición. Me sale sangre de la nariz, ¿ves?, y de los oídos, ¿Ves?

Escena 13

Miranda: Cada momento de la vida ocurre una sola vez, como este momento en que te miro viajar en la quietud...Siempre pensé que el final es inesperado, pero no así, no así. Dime: ¿cuántas veces escapaste de morir antaño, cuánto ejército, cuánta policía te tenía en su lista? No me gusta que te des la vuelta cuando te hablo, como si tu cuerpo se inclinara a algún abismo que desconozco... Una vez me ayudaste., ¿lo recuerdas?

Escena 14

Catalina: ¿Qué pensabas?

Miranda: En esa sangre que te sale.

Catalina: Te hago sentir mal.

Miranda: Insegura.

Catalina: Nuestra situación en el mundo, siempre lo fue.

Miranda: Sí, es verdad. Una vez planté un árbol y éste empezó a crecer y me asaltó una profunda duda: ¿No sería yo que empedreñecía? Temí ser una enana y destruí el árbol...

Estaba insegura. Cuando una duda nos asalta hay que entregarle todo, nos puede matar.

Catalina: Es la inseguridad.

Miranda: Mi madre en las noches de verano solía entretenerse poniendo escarabajos patas para arriba, el animalito no podía volver a su posición y se limitaba a mover las patitas con desesperación sostenida; al cabo de un rato lo ponía en su posición. ¿Sabe por qué?

Catalina: Se sentía insegura.

Miranda: Exacto, temía volverse un escarabajo, también temía los gritos de mi padre.

(Pausa.)

Catalina: ¿Por qué te quedas callada?

Miranda: Mi padre no hubiese tolerado que mi madre se volviese un insecto sin su consentimiento.

Catalina: Odias a tu padre.

Miranda: No, sólo trato de recordarlo.

Escena 15

Catalina: *(Debajo de la mesa.)* ¡Papá, papá! ¿Me escuchas, papá? Quisiera que me explicaras la lógica del viento y que no te justifiques otra vez diciendo: no sé cuál es la lógica del viento. No, papá, no soporto que te justifiques, no soporto que no me contestes, no soporto que te quedes callado cuando no estás, que no hables cuando te has marchado. ¿Cuál es la lógica del viento, hombre canalla? ¿Cuál es la lógica del viento? ¡Basta, Catalina..., basta! Yo no sé cuál es la lógica del viento... Sí lo sabes... Una vez me lo dijiste: la lógica del viento es gritar tras las ventanas el día menos pensado, es arrancar palmeras y lanzarlas contra las personas, es arrancar personas y lanzarlas contra personas, es elevar techos y destruir jardines y asustar niñas cortas de vista, es elevar carteles que nada dicen, es elevar padres junto a carteles que nada dicen y llevárselos bien lejos donde un señor que fuma en pipa, inventa ciclones y brisas suaves sin padres... ¿Yo te conté eso, Catalina? Sí, papá, una mañana, hace años; entonces yo era una niña sin miedo a los ciclones. La lógica del viento no es mi lógica. ¿Cuál es tu lógica, papá?

Escena 16

Miranda: Todo es perfecto: la luz que atraviesa la ventana donde llegan y parten aviones hacia un cielo celeste cuestionado por una que otra nube. Espero una visa, espero un trabajo, espero..... “Las Compañeras”, diálogos de espera.

Compañera Una: Compañera, ¿qué hará la historia con nuestros cadáveres?

Compañera Dos: Nada, compañera: dejar que se pudran; eso hará la historia con nuestros cadáveres.

Escena 17

Catalina: Hace un momento ese barco blanco, blanco, atravesó la niebla de regreso. Estoy

parada exactamente donde hace cincuenta años, mujeres paradas como yo venían del mismo sitio que yo con el mismo vértigo y las mismas ganas de vomitar, sujetándonos la boca porque en el país de los hombres libres no está bien visto que las mujeres vomiten en las calles. ¿Me entiende? La vida es complicada pero luego todo se aclara.

Escena 18

Catalina: Tengo sueño.

Miranda: Yo también.

Catalina: ¿Y si nos dormimos?

Miranda: Perderíamos el turno.

Catalina: Detesto perder el turno.

Miranda: El hombre duerme.

Catalina: Con un sueño ronco como si en su garganta diez alcohólicos intentaran cantar una nana.

Miranda: ¿Escribes?

Catalina: De vez en cuando, ¿y usted?

Miranda: De cuando en vez.

Catalina: Quedémonos en silencio pero no nos durmamos, ¿sí?

Miranda: Sí.

Catalina: ¿Miranda?

Miranda: ¿Sí?

Catalina: No nos durmamos, ¿bueno?

Miranda: Bueno.

Catalina: Sangro otra vez.

Miranda: ¿Sí?

Catalina: Pero no importa.

Miranda: ¿No?

Catalina: No. Miranda es bueno que estés aquí ¿le tienes miedo a los ciclones?

Miranda: No

Catalina: ¡Qué bien! Yo soy una mujer partida, ¿sabes?

Miranda: No te preocupes. Una mujer partida no es necesariamente dos mujeres.

Catalina: ¿Te conté que mi tercer marido me trataba como si yo fuera su bastón?

Miranda: No... Pero pensé que tenías sueño.

Catalina: Sí, lo tengo.

Miranda: Quedémonos en silencio, entonces.

Catalina: Pero no nos durmamos.

Miranda: Sí, no nos durmamos.

Catalina: Primero como un bastón y después como un mantel.

Miranda: Mi madre confundió a mi padre con un mantel.

Catalina: La mía me confundió a mí con un mantel.

Escena 19

Madre: Catalina, hija, ven que voy a enseñarte algo que no te vas a olvidar en tu vida.

Catalina: Gracias, mamá.

Madre: Te voy a dar instrucciones para doblar manteles con pájaros bordados, ¿entiendes?

Catalina: No.

Madre: Me lo imaginaba, no importa. Ahora lo vas a entender. ¡Bien! Los pájaros deben ser frescos, preferentemente de la región. Prohibido doblar gansos, faisanes y ocas, aunque entrañables a nuestra mantelería, no tienen nada que ver con nuestra manera de ser; aunque graznemos como gansos y nos pavoneemos como gallinas de Guinea. No son pájaros nuestros que están en los cielos, ¿comprendes?

Catalina: No, mamá.

Madre: Me lo imaginaba. Prosigo: los faisanes son pájaros de otros costal; dobla el mantel por la mitad. Las palomas son asquerosas y cagonas; prohibido usar palomas. Una vez doblado a la mitad, hija bonita, ¿te había llamado antes, hija bonita?

Catalina: No, mamá.

Madre: No tiene importancia. Te decía que una vez doblado a la mitad, debes doblarlo en cuatro partes. Los pájaros deben lucir almidonados y deben volar hacia el oeste, y conste que dije “volar hacia el oeste”, ¿entiendes?, hacia el oeste; detesto esos pájaros inertes posados sobre las ramas, detesto la quietud de los pájaros. Los pájaros fueron hechos para volar y trinar, no para estar quietos y menos para caminar. No hay cosa más ridícula que un pájaro caminando con esos pasitos histéricos de mariquita con tortícolis, con esa pajita en la boca como si saliera de tomarse un batido del Burger King, detesto el caminar de los pájaros. Me imagino que sí entiendes lo que te estoy diciendo.

Catalina: Sí, mamá.

Madre: Una debe doblar el pájaro en la mitad; de tal manera que el vuelo quede suspendido por la horizontalidad del corte, inmediatamente, un segundo doblez; de tal forma que el pájaro quede fragmentado: por un lado la cabeza, por otro el cuerpo, por otro las alas sin cuerpo y sin cabeza. En el caso que haya más pájaros en el mantel, los cortes se harán más pequeños. Las líneas deben ser perfectas como si un cirujano hundiera su cuchillito en el mantel lleno de pájaros, y así, y así, cariño, ¿te había dicho cariño alguna vez?

Catalina: No, mamá.

Madre: Entonces, el pájaro debe ser doblado de tal forma que lo que veamos sea un ojo, o la parte de un ala, o un puñado de plumas sobrepuestas a un atardecer, o el corazón sin alas y sin cuerpo, y sin cabeza. Nunca te equivoques al doblar pájaros, nunca. Eso te quería enseñar.

Catalina: Gracias, mamá.

Madre: No hay de qué..., hija.

Escena 20

Catalina: ¡Miranda!

Miranda: Sí, Catalina.

Catalina: ¿Una nunca vuelve al lugar donde alguna vez le castigaron?

Miranda: No.

Escena 21

Miranda: Cuando una tiene una patria y una bandera, dice: he aquí mi patria y mi bandera, echaré raíces en ella, inflamaré mi pecho porque tengo dónde caerme muerta. Pero cuando no tengo ni patria ni bandera, ni inflamado pecho, ni dónde caerme muerta, busco el calor de una persona y echo raíces en ella, dejo que crezca la hierba y digo: No tengo patria, ¡qué joda!, pero tengo una amiga, ¡qué bueno! Eso te quería decir hace un rato cuando te dije que había algo atrofiado en mí. Ahora me siento mejor, no sé por cuánto tiempo.

Escena 22

Profesor Martínez: Señores, señoras, padres de familia, jóvenes. La Señorita Miranda nos ha preparado un hermoso cuadro dramático, titulado: “La madre y las yardas,” extraño título. La escuchamos, señorita, ¡Adelante!

Miranda: Mi madre empezó a correr a temprana edad: corrió a la escuela, corrió al colegio pero no llegó; luego corrió a la iglesia y se casó. Corrió a la verdulería. Corrió a la panadería Corrió a la carnicería. Y la comida de mi padre, preparó. Corrió a la cama y a todos nos parió. Yo comencé haciendo carreritas y me estrellé contra la puerta de la cocina, opté por la carrera con obstáculos. Entonces, salté de mi cama y caí en mis zapatos, luego salté a los quince años y caí en los brazos de un joven, salté la soledad y caí en la casa de una amiga que me ofreció un té de naranja que perfumó mi vida por una noche y fue suficiente para tomar impulso y volver a saltar y correr y saltar. Mi abuela corrió en las maratones de los años cuarenta, corrió del hambre, corrió del fascismo. Cuentan algunas tías que la vieron correr de mi abuelo que corrió de despecho y se arrojó bajo las ruedas de un tranvía. Entonces, mi abuela corrió a la iglesia y se embriagó de salmos. Para entonces mi madre ya corría y yo corría tras ella a los saltos, como las canguras. Mi padre se hartó de mi madre, de mi abuela y de mí y salió corriendo, como es natural en una familia como la nuestra. Luego, todas corrimos en distintas direcciones, como esos animalitos nocturnos que son sorprendidos por la luz y por la presencia humana, animalitos nocturnos, decía, llámense luciérnagas, alondras o cucarachas. Todavía seguimos corriendo, no con el brío de antes sino con la serenidad que nos da el haber corrido mucho. ¿Qué hacen las mujeres atletas cuando se detienen? Descansan diez minutos, y si se mueven, quiere decir que pueden seguir corriendo. El Telón cae con suavidad y los ojos del público humedecen los cuerpos de las actrices atletas.

Profesor Martínez: ¿¡Es una obra!?

Miranda: ¡Sí!

Profesor Martínez: ¿¡Es una obra!?

Miranda: Sí.

Profesor Martínez: ¿¡Es una obra!?

Miranda: ¡Síiiiiiiii!

Profesor Martínez: ¡Es una mierda, eso es, una mierdaaaaaaaaa!

Miranda: También.

Escena 23

Catalina: ¿En qué piensa?

Miranda: En las mujeres que se dedican al atletismo.

Catalina: El espíritu de competencia entre los animales de la misma especie lleva, más temprano que tarde, al deseo de morder al contrincante, debido a que la disputa es por la misma comida y el mismo territorio, animados por la misma ira..., los cocodrilos, sin ir más lejos...

Miranda: Entonces, he pasado parte de mi vida entre cocodrilos.

Catalina: A los cocodrilos se los reconoce por las arrugas.

Miranda: Lo que sospechaba, mi abuela era cocodrilo.

Catalina: ¿Tu abuela?

Miranda: Sí, solía decir que lo único triste que hay en la vida es la vejez.

Catalina: ¿Tu abuela nunca habló de las despedidas?

Miranda: No.

Catalina: ¿De las fotografías comidas por la humedad?

Miranda: No.

Catalina: ¿De las cárceles?

Miranda: No.

Catalina: De por qué estás aquí y yo estoy aquí esperando que este tipo abandone una cama para ocupar su sitio, ¿habló su abuela de esto?

Miranda: No.

Catalina: Entonces, su abuela era un cocodrilo.

Miranda: Sí. *(Pausa.)* Es asombrosa mi abuela, ¿no?

Escena 24

Miranda: Corren los días Corren las noches Corren descalzas Corren en coche

Abuelita, abuelita.La moquita

Pasan los días pasan en bata Pasan las noches En alpargatas.

Abuelita, la moquita.

Tiendes la mesa Sirves la cama Todas las tardes Y las mañanas

Abuelita, abuelita, la moquita

Cuántos momentos Tiene una vida Cuántos pañuelos Y despedidas

Abuelita, la moquita

Nada en el aire La cancioncilla La vida pasa Sobre la silla

Abuelita, abuelita, la moquita

Mi abuela muere En la quietud

La enterrarán

En un metro de luz

Abuelita, abuelita, la moquita

La cajita, la tierrita Abuelita, ¿por qué te salen

dos ángeles de agua de la nariz? Abuela: mocos, se llaman, mocos.

Escena 25

Catalina: ¿Qué me decías?

Miranda: ¿De qué?

Catalina: De tu abuela, ¿qué me decías?

Miranda: Que era un cocodrilo.

Catalina: ¡Sí?

Miranda: Sí, la única diferencia es que mi abuela no tenía lágrimas de cocodrilo.

Catalina: ¿No?

Miranda: No, tenía mocos de cocodrilo.

Catalina: ¿Sí?

Miranda: Sí..., ¿qué hace?

Catalina: Las manos.

Miranda: ¿Sí?

Catalina: Me duelen. ¿Qué hora es?

Miranda: Tal vez las cuatro de la mañana.

Catalina: Las manos, mis manos han envejecido y me duelen. No me mires así, mis dolores no son contagiosos..., desgraciadamente.

Escena 26

Catalina: El frío ha cambiado mis facciones. Este nuevo país ha desfigurado mi rostro. Estoy parada exactamente en la esquina donde hace cincuenta años un compatriota se prendió fuego porque estaba triste y no resistía el haber perdido el paraíso. Se prendió fuego y su calor no alcanza para devolver las facciones a mi cara.

Escena 27

Catalina: ¿Qué es eso?

Miranda: Parece un pie.

Catalina: ¿Qué hora es?

Miranda: Las cuatro y media de la mañana.

Catalina: Es normal que lluevan pies a esta hora, pero, ¿en esta época?

Miranda: El año pasado, por esta época, llovían banqueros.

Catalina: ¿Vivos?

Miranda: Sí, hasta que se estrellaban contra el piso.

Catalina: Estoy sangrando de nuevo.

Miranda: Quisiera sangrar por vos.

Catalina: Imposible, mis dolores no son contagiosos. ¿Qué hacemos?

Miranda: ¿Con su sangre?

Catalina: No, con el pie.

Miranda: En otros lugares, que lluevan pies, es bastante improbable.

Catalina: Pero aquí...

Miranda: Parece un pie amputado.

Catalina: ¡Pobre pie sin su resto!

Miranda: Habría que buscar un paraguas, tipo zapato.

Catalina: El problema es saber qué número calza.

Miranda: No le toques.

Catalina: ¿Por qué?

Miranda: En una de esas es del hombre que duerme.

Catalina: ¿Cómo así?

Miranda: Es que a veces los pies madrugan más que el resto y se van caminando.

Catalina: ¡Ah!, ¿Y si fuera de Dios?

Miranda: Quiere decir que se está desarmando.

Catalina: ¿Sí?

Miranda: Sí, ¿no ha escuchado decir: es la mano de Dios? Lo mismo es aplicable a los pies, el abdomen, las axilas... Cuando era joven proyectamos una película de Buñuel en el colegio de las monjas donde estudiábamos, entonces la mano de Dios nos tomó por el cuello mientras su boca nos gritaba: ¡Nunca más Buñuel, nunca más Buñuel! Desde entonces creo que el cielo no es el cielo sino una clínica trasplantes.

Catalina: ¿Qué es eso rojo que entra por la ventana?

Miranda: Es el amanecer.

Catalina: Creí que era sangre.

Miranda: Como sangras cree que todas las cosas sangran.

Catalina: No todas, algunas. El amanecer sin ir más lejos.

Escena 28

Catalina: ¡Atención, atención! Enfermeras de turno, anestesistas, médicos clínicos y enfermos de corazón, ¡atención! El cuerpo de una muchacha es grande, grande, interminablemente, mente, grande. Lo sé porque a veces miro mis pies y no me los puedo ver. Lo sé porque el cuerpo de una muchacha es grande, grande, interminablemente, mente, mente, grande. Se compone de cuatro lugares donde hay cuatro paraguas y nunca llueve. Lo sé porque un día me desnudé y me aterrorizó; había dibujado un mapa en mi piel: aquí, cinco gatos me arañaban, ¡tomen, un tomatazo, gatos malvados! ¡Atención, médicos de guardia, atención, anestesistas y enfermos del corazón, atención! Este lugar que ven aquí es el sitio porque es un sitio: es de arena para que los niños pasen por allí y dejen sus huellas... ¡Tomen un tomatazo, huellas de arena! En este otro lugar un hombre preguntó por mí, pero yo no estaba, estaba en el cielo y el hombre en la tierra. ¡Toma un tomatazo, hombre aterrorizado! Y

en este último lugar hay una estación terminal donde siempre muere alguien un mes antes de que pase el primer huracán. Esto me pone triste; si muriera un mes después, veríamos al huracán devastar nuestro jardín. ¡Atención, atención, este es un cuerpo grande, grande, de una muchacha...! Un tomatazo aquí, otro tomatazo, allá... rojo, rojo, como aquella tarde del Caribe, como la noche finlandesa, como la sangre que mana de mi nariz desde mi infancia, desde que el mapa era un mapita. ¡Toma un tomatazo para que te controles y no llores!

Escena 29

Miranda: Camas amontonadas, enfermeras con senos de salvavidas, un caballero con un cuello de yeso como si hubiesen doblado una pared sobre su cervical, una anciana esquiando con sus chancletas por los pasillos del Hospital Español, un alma cayendo como guayaba del cuerpo de un accidentado, una niña vomitando un árbol, una aguja, un suero, un termómetro. ¿Me escuchas, Catalina? Todo esto te rodea y yo aquí intentando que me escuches. ¿Me escuchas, me escuchas, Catalina? Si me escuchas haz como un barco.

Escena 30

Catalina: ¿Qué es eso?

Miranda: Un barco.

Catalina: Están lloviendo barcos.

Miranda: Sí, pero sin marineros.

Catalina: Yo sé hacer como un barco.

Miranda: ¿Cómo?

Catalina: ¡Ohhhh! ¡Ohhhh!

Miranda: Interesante, pero más pareces una gallina.

Catalina: No, es un barco.

Miranda: Digamos que es un barco con pluma.

Catalina: No, es un barco.

Miranda: Bien, es un barco.

Catalina: Cuando los barcos están fatigados se duermen y sueñan con hermosas salvavidas. Miranda, cuando tenga un barco, voy a tener un perro.

Miranda: Ponle Buñuelo.

Catalina: ¿Por qué?

Miranda: Por que sí se llama Buñuelo tendrá un alma.

Escena 31

Miranda: No sé si les dije, me llamo Buñuelo, el perro de Luis Buñuel. Para no alargales el cuento: aquella tarde hacía tanto calor que las muchachas se lavaban sus pechos en la fuente de la pequeña plaza del barrio para protegerse del sol y de los hombres tan descontrolados por el calor que debían aplacar sus ardores con mangueras inyectadas en sus braguetas

como si hicieran transfusiones con delgadas anguilas que echaban agua por las bocas. El calor era espantoso, calcinaba el peinado de las señoras del casino y pudría los sobacos de los automovilistas y hacía que las personas se desvanecieran y se echaran a la playa llena de cueros extendidos; extraña curtimbre humana y maloliente. Yo estaba agobiado, apenas si tenía fuerza para olerme el sexo. El calor de la tarde y el mar más estúpido y soporífero que haya visto en mi vida, atentaban contra mí; lo cierto es que era una fotografía: todos estábamos quietos aquella tarde en aquella fotografía, hasta que aparecieron ellos. Caminaban armados hacia la casa de la niña Miranda; es decir, hacia mí, usaban corbatas y, algunos, ropa militar. Yo intenté intimidarlos con mis poses de mastín agresivo, la primera patada me dobló por la mitad, la segunda me arrojó tres metros fuera de combate, la tercera la esquivé y la cuarta me viró la cabeza. A partir de entonces, alguien puso boca abajo la fotografía y de ella cayeron las buenas gentes de mi barrio, el calor espantoso, el mar estereotipado y baboso de aquel día, la niña Miranda y yo, todos a la vez pero distantes...

Escena 32

Catalina: Buñuelo es un alma buena.

Miranda: Lo trágico es volverme un perro para contar lo que me pasó.

Catalina: ¿Qué es eso que llueve?

Miranda: Relojes.

Catalina: En hora.

Miranda: No, atrasados.

Catalina: Me gusta cuando llueven mantelitos bordados.

Miranda: Eso es cuando las abuelas tejen las nubes.

Catalina: Miranda, ¿la vida se destiñe o estoy perdiendo la vista?

Escena 33

Catalina: ¡Catalina!, ¡Catalina!, ¡Vuela, vuela! No puedes volar porque estás atrapada por los pies; eres una mujer llorona que no sabes reconocer que aquel barco te dejó en esta orilla y aquí nadie llora y menos una isla como tú, ¿escuchaste?, mujer enferma y sangróna, ¿escuchaste? Te voy a decir una sola cosa: te olvidarán y serás invisible como el agua. ¿De qué país eres, mujer extranjera? Soy de la patria humana, soy del reino de las bicicletas que pasan, del país de los papalotes que se sostienen en el aire. Te cambio este país por un helado de chocolate de la esquina de mi casa. Estoy dando gritos y borracha exactamente donde hace cincuenta años una paisana borracha fue apaleada porque le encontraron un árbol en sus tripas.

Escena 34

Madre: Catalina, Catalina, ven que te voy a enseñar algo que no vas a olvidar en tu vida: te voy a enseñar a guardar un secreto. Suponte que entran a nuestra casa personas que no conoces, usan tu cocina, tu baño, invaden tu dormitorio... Ellos dicen que lo hacen para protegerte; pasan los años y te das cuenta que te has acostumbrado a convivir con algo perverso, algo malo, y te das cuenta de que el pasado no es siempre el mismo, en ese momento es que debes decir: yo no olvido lo que pasa, es que guardo un secreto. Nosotros no somos un pueblo de marinos, si lo fuéramos, odiaríamos a las sirenas, y de nuestras alacenas colgarían arpones afilados, no, nosotros somos un pueblo de alfareros que por una extraña razón, habita una isla, no se lo digas a nadie, es un secreto. ¿Qué pasaría si un día caminas en una playa y bajo tus pies estallara una bomba?

Catalina: Pasaría...

Madre: Silencio, es un secreto.

Escena 35

Catalina: El mundo ha comenzado a desfigurarse. Mana la sangre de mi nariz, ¿cómo mana la tristeza de mí! ¿Qué es lo que llueve ahora, Miranda?

Miranda: Espejos.

Catalina: ¿Dónde estás?

Miranda: Aquí, a tu lado.

Catalina: ¿El hombre sigue dormido?

Miranda: No es un hombre, es una mujer.

Catalina: ¿Cómo lo sabes?

Miranda: Le estoy mirando cómo duerme.

Escena 36

Miranda: ¿Sabes cuál es el mayor exilio? No es dejar un país o un paisaje, no es dejar un himno o una bandera, no es abandonar un acento o una cultura: es dejar a alguien sosteniendo un saludo como si te reclamara un porqué que nunca vas a poder responder.

Escena 37

Catalina: ¡Miranda, la luz!

Miranda: ¿Qué pasa con la luz?

Catalina: Ya no hay.

Miranda: Sí, hay.

Catalina: No.

Miranda: Ya vamos a dormir.

Catalina: No hay luz, sólo hay tiza.

Escena 38

Miranda: Por más que gesticules no te escucho, demasiado ruido hacen los aviones, demasiado ruido hacen los barcos, los trenes, los autobuses, los días....

Escena 39

Catalina: Estoy parada donde una paisana intentó escribir una poesía y se murió sin mucha fe en las personas.

Escena 40

Miranda: No te duermas, Catalina.

Catalina: No puedo seguir despierta.

Miranda: ¿Te conté sobre mi perro Buñuelo?

Catalina: Creo que sí.

Miranda: ¿Te conté sobre mis novios?

Catalina: Creo que sí.

Miranda: ¿Te conté...?

Catalina: Ya no tienes que contar nada, nada.

Escena 41

Miranda: Ya no te escucho; el ruido y la distancia no me permiten escuchar lo que decías, aquel momento perdido en el que te has perdido donde me reclamabas algo que ya no recuerdo.

Escena 42

Catalina: El día.

Miranda: ¿Qué pasa con el día?

Catalina: No llega.

Miranda: Tal vez pasó y no nos dimos cuenta.

Catalina: ¿Qué llueve ahora?

Miranda: Linternas sordas.

Catalina: Las linternas sordas dan una luz que no se escucha.

Escena 43

Miranda: ¡Niña Miranda, Niña Miranda! Sí, Madre Superiora. No deje que su amiga muera. ¿Qué hago, madre Superiora? Haga unas alitas con papel periódico, pero que sea de hoy día y en castellano...

Escena 44

Catalina: ¡Miranda!

Miranda: ¿Sí?

Catalina: Me voy.

Miranda: ¿A dónde?

Catalina: A la noche en que cazaba murciélagos con mi padre.

Miranda: ¿Es lejos?

Catalina: Sí.

Miranda: ¿Puedo ir contigo?

Catalina: No.

Miranda: Está bien.

Catalina: (*Destapando el rostro de la que duerme.*) Soy yo.

Miranda: Si.

Catalina: Es como una película de Buñuel.

Miranda: Sí, pero en colores....

Escena 45

Miranda: Que hay allá, donde tú vives ahora? ¿Hay comida china por ejemplo, hay balcones abiertos con pájaros a su amparo, hay utopías, allá donde ahora vives, viste al Che, viste o no viste animales? Donde tú vives ahora, cuando dicen “universo afectivo, ¿a que se refieren, exactamente, se refieren a no tener miedo, a que alguien te va a asistir si te empantanas? Catalina, ¿es a eso a lo que llaman “mundo de los afectos”? Es algo que no se puede nombrar, ¿verdad? Que se compone de algunos días como bahías de aguas profundas donde encalla la belleza y la calamidad. Bahía a la que llegamos sin ningún propósito, en la que no fundaremos nada trascendente, en la cual desplegaremos nuestras buenas artes para ser recibidos cuando llegamos y ser despedidos cuando partimos y entre medio las aguas profundas y vaporosas de la amistad. Eso quería decirte el otro día cuando vine a decirte esto y te dije otra cosa. Adiós, Catalina mandolina, cara de cortina y corazón de serpentina.

Arístides Vargas

Correo electrónico: mrfavs@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina

www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar